

Señores: en primer término tengo el placer de saludarlos y agradecerles la amabilidad que han tenido de llegar a esta casa. Es indudable que, después de haberlos escuchado en una rápida exposición de motivos y de consecuencias, debo manifestarles la inmensa satisfacción que experimento al comprobar que los distintos sectores del agro argentino están en una coincidencia absoluta, porque solamente la coincidencia puede llevarnos a un fin constructivo.

Hace 26 años me hice cargo del Gobierno de la República. Era mi primer Gobierno. En ese momento la producción agropecuaria era buena y el único recurso de la República. La industria estaba totalmente a cero; hasta los alfileres que consumían nuestras modistas eran importados de Francia. En ese entonces fue necesario, por una razón de equilibrio en la producción y en la demografía del país, dedicarnos a industrializarlo. Fue así, pues, que nos lanzamos a la industrialización con toda nuestra decisión y nuestro esfuerzo.

Las consecuencias fueron que en 1955 el país estaba fabricando sus barcos, sus camiones, sus automóviles; es decir, que grandes posibilidades de desarrollo industrial se habían producido en toda la República. Esto era una cosa indispensable, porque el agro estaba entonces en la tarea de producir para importar manufacturas, perdiendo nuestra mano de obra y comprando caro lo fabricado afuera y, algunas veces, con nuestra propia materia prima.

LO IMPERATIVO DE LA INDUSTRIALIZACION

En un país como la República Argentina, que tenía entonces más o menos 5 millones de habitantes en el campo y el resto en las ciudades y pueblos, era el imperativo la necesidad de industrialización. Porque en el fondo, nuestro problema no es que nos gusta ser industriales; son las necesidades las que lo imponen. Si nosotros no industrializábamos el país, millones de habitantes que vivían en los pueblos y ciudades estaban pesando sobre las espaldas de los productores agropecuarios. Ellos eran los que pagaban.

Recuerdo que en ese entonces me contaba un galense, de esos que tenemos en el Chubut, que en su pueblo había un reloj con cuatro caras, que giraba y que a cada cuarto del día aparecía una figura. Primero aparecía el pastor, y decía: yo cuido vuestras almas. Giraba otras 6 horas y aparecía el abogado, que decía: yo cuido vuestros derechos. Giraba otras 6 horas más y aparecía el gobernante, diciendo: yo gobierno para una vida ordenada. Y daba otra vuelta y aparecía el agricultor, que decía: yo soy el que pago a los otros tres.

Esto era lo que ocurría en esa época en la República Argentina. Si no se hubiera producido el desarrollo industrial se podía seguir pensando que el agro argentino estaría sosteniendo al resto del país.

De manera que en ese entonces la industrialización se imponía por una razón demográfica más que de ninguna otra naturaleza. No podíamos seguir en ese desequilibrio en la producción con respecto a la demografía nacional. Eso impuso necesariamente la industrialización.

EL MUNDO MODERNO

Desde entonces hasta ahora la industria argentina se ha desarrollado suficientemente, y los pueblos y ciudades pueden sostenerse con su propio trabajo, sin estar pesando sobre las espaldas de los productores agropecuarios. Es decir, el país, en medio de toda su desorganización, tiene en estos momentos un equilibrio entre el campo y la ciudad, que es indispensable para los países en desarrollo.

Frente a esto, nosotros pensamos que el mundo actual está desalentando el desarrollo tecnológico. Lo está desalentando, porque con eso se están destruyendo las fuentes naturales de subsistencia de la tierra, especialmente materia prima y comida. Está convirtiendo la tierra en basurales, basurales plásticos por ahora, pero basurales al fin.

A los ríos los está transformando en cloacas. Ya en la mayor parte del mundo no quedan aguas potables en sus cursos. Eso nos está ocurriendo aquí, en un país que tiene 3 millones de kilómetros cuadrados y no alcanza a tener 25 millones de habitantes. Cómo será en Europa, y especialmente en los países de intensa superpoblación.

Los bosques los estamos talando, es decir, suprimiendo las grandes fábricas de oxígeno que la tierra tiene; y como si eso fuera poco, estamos cubriendo el mar con una capa de aceite que no permite la liberación de oxígeno.

El hombre está abocado a un problema pavoroso y a corto plazo. En la materia prima, se cuenta por decenios el agotamiento. Estados Unidos se quedará sin petróleo en pocos años y en un tiempo más se quedará sin hierro. Eso en un país de amplio desarrollo. Imaginen Europa; Europa ya no tiene prácticamente nada de esto.

Es un mundo que se va quedando sin tierra, sin agua potable, sin oxígeno, es decir, sin aire.

En el momento actual, el mundo, ya superpoblado, tiene 3.500 millones de habitantes, ¿qué será en el año 2.000, con 7 u 8 mil millones de habitantes!

En este mundo de 3.500 millones de habitantes, la mitad está hambrienta. En granos, Europa no cubre sino el 69 por ciento de sus necesidades. El mundo entero se está quedando sin proteínas; y sin proteínas el hombre no puede vivir, como no puede vivir sin oxígeno, sin agua o sin tierra.

LAS ZONAS DE RESERVA

Este es un problema que hay que pensar. Solamente las grandes zonas de reserva del mundo tienen todavía en sus manos

las posibilidades de sacarle a la tierra la alimentación necesaria para este mundo superpoblado y la materia prima para este mundo superindustrializado.

Nosotros constituímos una de esas grandes reservas; ellos son los ricos del pasado. Si sabemos proceder, seremos nosotros los ricos del futuro, porque tenemos lo esencial en nuestras reservas, que ellos han consumido hasta agotarlas totalmente.

Frente a este cuadro y desarrollados, en lo necesario, tecnológicamente, debemos dedicarnos a la gran producción de granos y de proteínas, que es de lo que más está hambriento el mundo actual.

Sería demasiado redundante quizá seguir insistiendo en esto, pero lo que ocurre para nosotros, como posibles grandes productores, es que tenemos un inmenso mundo de consumidores y los productores vamos siendo cada día menos. Aprovechemos ese momento para afirmar una grandeza que es notable, porque se la hace con el trabajo honesto de todos los días.

En nuestra República, desde que comenzamos a pensar en la necesidad de dejarnos de pelear por pequeñeces y empezamos a pensar que todos tenemos un destino común, y que el país también lo tiene, debemos despreciar esas insignificancias para dedicarnos a lo fundamental, que es engrandecer el país, enriquecerlo y hacer un pueblo digno y feliz.

En este empeño, que ha sido siempre nuestra orientación política, el 18 de noviembre de 1972 pensamos que podíamos llegar al Gobierno y establecer un pacto con todas las fuerzas políticas, superando esas diferencias que el país había heredado.

COMUNIDAD ORGANIZADA

Hablo muchas veces de una comunidad organizada. Hablemos de una comunidad organizada no solo en lo político, sino sobre las grandes fuerzas de la producción y del progreso, que es el único desarrollo al que debemos aspirar.

Es así que hicimos ese pacto político que anuló, diremos así, las controversias políticas; que poco después, el 7 de diciembre, hizo posible una inteligencia a base de coincidencias mínimas que

dio lugar, desde el 25 de mayo en adelante, a aspirar a esa comunidad organizada que comienza con el primer pacto entre los empresarios, los trabajadores y el Estado, que hizo posible un equilibrio más estable en esa permanente lucha que hay por los beneficios, ya que nadie trabaja con fines de beneficencia, sino de legítimo provecho.

Después de eso hemos seguido trabajando en crear una comunidad organizada sobre la fuerza constructiva, no en la destructiva, como pudo haber sido en otro tiempo.

El acuerdo de ustedes o del agro con el Estado y con el resto de las fuerzas económicas, completa este cuadro y completa esta comunidad organizada por la cual nosotros hemos venido luchando y con la que hemos soñado muchos años. Esta es la verdadera organización porque es la constructiva, porque es la productiva, la permanente, ya que los hombres no tienen ni amigos ni enemigos permanentes, sino intereses permanentes. Pongámonos de acuerdo y unamos esos intereses, y la amistad podrá ser más permanente de lo que nosotros mismos soñamos.

LA PRODUCCION

Nuestra política desde hace ya treinta años, se ha fundado, precisamente, en un equilibrio entre las fuerzas de la producción y, dentro de ellas, en un equilibrio entre los empresarios y los trabajadores. Este equilibrio, hasta 1955, fue del 47 % de beneficio para el trabajador y, el resto del beneficio, para el capital o la empresa. En este momento esos índices han variado; hemos caído en los beneficios de los trabajadores al 33 % y el resto es provecho empresarial. Tenemos que restablecer ese equilibrio.

Ese equilibrio se puede restablecer con facilidad, si aumentamos la producción y también las ventas. Aun el mismo empresario del comercio minorista, que funda su deseo en aumentar el precio unitario de su propia mercadería, comete un grave error porque jamás, por el aumento de los precios unitarios —hecho que provoca una inflación que es terrible para todos y frente a un pueblo sin poder adquisitivo— podrá tener un gran porvenir.

El secreto está en mantener ese perfecto equilibrio del ciclo económico de la producción; es decir, la producción, la transforma-

ción, la distribución y el consumo. Cada uno de estos cuatro factores es un factor de riqueza.

Algunos creen que se pueden hacer ricos haciendo economía y suprimiendo el consumo. No, ese no es el camino. El camino es contar con una masa popular, con alto poder adquisitivo, que aumente el consumo. Entonces, la ganancia no va a estar sobre el precio unitario, pero se va a decuplicar por el aumento, diríamos así, de la masa de las ventas. No hay que especular con lo pequeño, sino buscar lo grande. Es el volumen de ventas, el que va a dar la gran ganancia y no el precio unitario de las mercaderías. En esto, tanto para el comercio como para las demás actividades, busquemos el resultado en lo grande. No nos dediquemos a lo pequeño.

En la producción, ocurre exactamente lo mismo. Como recién se dijo aquí, debemos alcanzar los márgenes de producción que la Argentina puede ofrecer. El agro argentino está explotado en un bajo porcentaje, pero esos índices pueden aumentar setenta veces.

Pongámonos en la empresa de realizarlo. Para eso necesitamos que se cumplan dos circunstancias: primero, desarrollar una tecnología suficiente para sacarle a la tierra todo el producto que ella pueda dar; sin tener tierras desocupadas o cotos de caza, como todavía existen en la República Argentina. Ese es un lujo que no puede darse ya ningún país en el mundo.

Segundo, utilicemos esa tierra para la producción ganadera. La República Argentina tiene 58 ó 60 millones de vacas, cuando podría tener doscientos millones; y ovejas, en la misma proporción. Pongámonos a cumplir esos programas.

CUMPLIR LOS COMPROMISOS

Todos esos acuerdos en los que el Gobierno y las fuerzas de la producción trabajen unidos y organizados, podrán alcanzar, irremisiblemente, esos objetivos. Los planes que ha esbozado el Ministerio de Economía, tienen esa aspiración. Cada uno de ustedes tiene una misión que cumplir. Cada argentino, en la ciudad o en el campo, tendrá una misión que realizar: el trabajo nuestro está en crear esos objetivos e impartir esa misión para que un pueblo

organizado y decidido las realice. Entonces, no tendremos nada de que arrepentirnos en el futuro.

Esos deben ser nuestros objetivos y nuestras esperanzas. Esperanzas que ustedes tienen que realizar en el sector agropecuario y que otros realizarán en otros sectores, tratando de que lo negativo sea lo mínimo.

El sector bancario también tiene en el agro una función que nosotros le habíamos asignado con preferencia, ya en el segundo Gobierno Justicialista.

El agro debe estar dotado de suficiente crédito para poder trabajar. En esto, no todo es la buena voluntad y la decisión. También son los medios. Un sistema bancario bien trazado y bien orientado debe ser el apoyo más consistente para el agro. Vale decir, que la tierra ha de trabajarse, como la industria ha de realizarse.

Las instituciones bancarias han sido creadas para eso y para eso deben ser utilizadas. En tal sentido, también el Ministerio de Economía está decidido a dar un apoyo financiero suficiente, a fin de que el agro pueda desenvolver sus funciones en las mejores condiciones.

Creo, que si cumplen los planes que hemos trazado y si se mantienen las organizaciones y compromisos que se han establecido entre las fuerzas del trabajo y el Gobierno, se puede alcanzar una etapa altamente constructiva, echando las bases de una grandeza con la que todos soñamos y por la que todos debemos hacer un esfuerzo, en la medida que a cada uno le corresponda.

Finalmente, señores, les agradezco muchísimo; me siento inmensamente feliz de poder contemplar estos acuerdos que son la base de una realización y sin los cuales no podría llegarse a un trabajo organizado en una comunidad que quiere triunfar.

Muchas gracias por todo.